JOSE MARIA GARRIDO

Como ave de rapiña

DRAMA SOCIAL

en tres actos, en prosa, original



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1921



COMO AVE DE RAPIÑA

COMO AVE DE RAPIÑA

DRAMA SOCIAL

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOSE MARIA GARRIDO

Estrenado en el TEATRO CIRCO, de Córdoba, el día 6 de mayo de 1921

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.

TELÉFONO, M 551

1921

A MI ESPOSA

Carlota Ibáñez Plá

Como testimonio de mi admiración a la actriz; en recompensa a los malos ratos que cuando estreno te proporciono y dándote una prueba más de mi cariño.

José María

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ISABEL EVANS....................	Carlota Plá.
ROSA............................	Anita Rodríguez.
PEDRO EVANS «CAIFÁS».........	Miguel Ibáñez.
DON CARLOS DE BUSTAMANTE..	Luis Jiménez.
LUIS DE BUSTAMANTE..........	José G. Granell.
DON PABLO.....................	José Espinosa.
RAMÓN.........................	Antonio Mata Soler.

La acción en una ciudad de Castilla.—Actualidad

Derecha e izquierda, las del actor.



ACTO PRIMERO

Una sala habilitada para despacho en casa del usurero Pedro Evans, «Caifás», como han dado en llamarle en el pueblo. Puerta grande en el centro del foro; dos más en el lateral de la izquierda; en el de la derecha balcón con una ventana a cada lado del mismo.

En escena y frente al balcón, mesa escritorio; un sillón de cuero, y convenientemente distribuídas, hasta media docena de sillas también de cuero. Pegado a la pared del fondo, un armatoste con pretensiones de librería. Al otro lado de la puerta, una consola, y sobre ella una urna con un Niño Jesús. Dos grandes búcaros con flores naturales a uno y otro lado. Una vieja caja de caudales en un rincón de la sala.

Es por la tarde de un día del mes de Mayo.

—

(Al levantarse el telón están en escena, y mirando por las ventanas, CAIFÁS y ROSA, su mujer. Los dos dando vivas muestras de inquietud.

Caifás es un hombre de unos cincuenta a cincuenta y cinco años; muy aviejado de cara y de cuerpo, pero de espíritu enérgico. Temperamento nervioso, siempre habla con ira, pero reconcentrada. Cuando no puede desahogar la bilis que de su cuerpo emana continuamente, sus labios se le secan, la nariz se le encorva, sus ojos se le encienden y su boca se le hunde aún más de lo que la tiene. Su pelo es negro—si bien las canas asoman con insistencia,—pero escaso, muy escaso. Cara afeitada. Viste miserablemente.

Rosa es una mujer de poco más de cuarenta años. Viste con sencillez, pero con aseo y limpieza. La expresión de su cara es de tristeza, de amargura. Es una de las muchas víctimas de Pedro Evans.)

ROSA — Ya no se ve a nadie.

CAIFÁS — No tardarán en aparecer de nuevo.

ROSA — ¿Tú crees?

CAIFÁS — Seguro. Esos locos no han hecho hasta ahora más que reclutar gente. Cuando se crean con número suficiente para atacar... (*El ruído de una detonación lejana, no deja acabar a Caifás.*)

ROSA — ¿Has oído?

CAIFÁS — ¡Silencio! (*Quedan escuchando con ansiedad.*)

ROSA — ¿Habrá sido un disparo?

CAIFÁS — ¡Qué pregunta! Claro que lo ha sido. Ya te lo dije; esos brutos empiezan ahora la batalla y milagro de Dios será si para Villares no es hoy un día de luto.

ROSA — Pero, ¿qué quieren?

CAIFÁS — ¿No lo oíste cuando por aquí pasaron? ¡Vivir! Quieren vivir. Para ellos vivir es que les demos bonitamente nuestro dinero. Que los que hemos hecho una compra de arroz, pongo por ejemplo, a sesenta pesetas los cien kilos para venderlos a noventa llegada la ocasión, que se les dé ahora por treinta; es decir, por la mitad de lo que nos costó. ¡Granujas! ¡Que trabajen!

ROSA — Pero eso no está bien.

CAIFÁS — ¿El qué? ¿Qué es lo que no está bien?

ROSA — El vender lo que nos costó diez por cuarenta.

CAIFÁS — Lo que no está bien es el haberte hecho yo mi mujer. Pues, ¿qué quieres? ¿Que exponga mis dineros porque sí, sin beneficio ninguno?

ROSA — En un término medio está la virtud.

CAIFÁS — (*Irritado.*) ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Estoy vendido! ¿Y eres tú mi mujer? Está visto que queréis mi ruina... Aviado estoy contigo y con mi hija... Porque ella es como tú. ¡Vendido! ¡Estoy vendido por los míos!

ROSA — (*Con timidez.*) No seas así, hombre. ¿Qué adelantas con incomodarte?

CAIFÁS — (*Sin hacerle caso.*) Ya veréis, ya veréis cómo nos sacarán los ojos esa gentuza que estáis defendiendo. ¡Granujas, más que granujas! Es claro, no pueden vivir porque ganan diez y gastan veinte; son pobres y quieren vivir como ricos. ¡Así no hay vida posible! Es natural. Pero que ajusten sus gastos a

sus ingresos y... (Varias detonaciones interrumpen de nuevo su charla. La intranquilidad de ambos aumenta ahora aún más.)

ROSA ¡Ay!

CAIFÁS ¡Cierra ese balcón!

ROSA ¡Dios mío!

CAIFÁS ¡Ya llegó! ¡Ya se desataron en estúpidas bravuconerías! ¡Imbéciles! Menos alardes de bravura inútiles y más amor al trabajo.

(Un vocerío ensordecedor llega a nosotros acompañado de nuevos disparos de fusilería.

Por segunda izquierda viene ISABEL EVANS, hija de Rosa y Pedro. Es ésta una muchachita de veinte años, bonita hasta la exageración y de una simpatía extraordinaria.)

ISABEL Madre... Madre...

ROSA Isabel, hija mía. (Se abrazan presas de un temor mal disimulado.)

CAIFÁS (Irónico.) No te asustes. Es la chulería de la humanidad que no puede vivir y quieren hacerse matar por la Guardia civil. Pronto hemos de ver caer sus cuerpos atravesados por las balas de los maüsers...

(El vocerío, un vocerío seco, autoritario, de mil voces a la vez, óyese cada vez más próximo. El cornetín de órdenenes de la Guardia civil hiere varias veces nuestros oídos. Se supone que fuera, en la calle, se está librando una verdadera batalla entre gente del pueblo y la fuerza armada.)

ROSA ¡Virgen santa!

ISABEL ¡Madre mía!

CAIFÁS No hay que tener piedad de esos miserables.

ROSA No hables así, hombre. Dios te va a castigar por ser como eres.

ISABEL Tiene razón madre. Hace usted mal en decir esas cosas. Dios le va a castigar.

CAIFÁS ¡Callad!... ¡Callad!... Me pongo frenético escuchándoos. Dios castiga a los malos, a los malvados, y malos y malvados son todos esos envidiosos que se han echado hoy a la calle para arrebatarnos violentamente lo que hemos adquirido con nuestro trabajo, lo que nos ha costado gotas de nuestra sangre. A esos castiga Dios. Por eso serán arrollados por la fuerza... Por eso morirán acribillados a balazos... a balazos justicieros.

(En este momento óyense unos golpes secos, en el

interior, que se suponen dados a la puerta de entrada del piso.)

ISABEL Han llamado.

ROSA ¿Quién será?

CAIFÁS No abrir. Será alguno de esos canallas... de esos ladrones... Ya lo dijeron a gritos cuando pasaron por aquí. Sí; quieren mi oro, el oro del tío Caifás... del vampiro... del maldito usurero..., del acaparador!

(Nuevos golpes dados ahora con mas fuerza.)

ISABEL (Suplicante.) Padre...

ROSA Pedro...

CAIFÁS ¡No se abre he dicho!

ISABEL Pero..

CAIFAS ¡No se abre! Quien quiera que sea que se muera, que reviente.

ROSA Hombre, por Dios; que puede ser don Pablo...

CAIFÁS Pues si es él que se muera también.

ROSA Acuérdate de que le mandaste a casa de don Carlos de Bustamante; le habrá pillado la refriega en la calle y vendrá el pobre muerto de miedo.

(Nuevos golpes.)

ISABEL Tenga usted piedad, padre...

ROSA Por la mirilla de la puerta se ve primero quién es, y si no es él no se abre.

CAIFÁS Que no se abre, ¡ea!

ISABEL Padre, no sea cruel...

CAIFÁS Tú crees que yo. (A Rosa.) Ve a abrir; pero si no es don Pablo...

ROSA (Haciendo mutis por primera izquierda.) Descuida, hombre...

CAIFÁS (Cogiendo de las manos a su hija y atrayéndola hacia sí.) ¿Tú crees que soy cruel? ¿Tú también me crees malo, como todos en el pueblo?

ISABEL Yo, padre...

CAIFÁS (Dejándose caer sobre una silla.) Calla. No me lo digas. También tú me crees ave de rapiña... vampiro.. masa de carne en forma humana, sin entrañas y sin corazón. ¡Maldito mil veces sea yo!

ISABEL Padre mío...

CAIFÁS ¡Maldito mil veces sea el mundo y los hombres que así me han robado el amor de mi hija! ¿No sabes que tú, tú sola, eres la justificación de mis actos? Que por ti, porque vistieras con el mismo lujo que la más rica

de la ciudad, porque satisfacieras siempre todos tus caprichos, forré de acero mi corazón y velé mi conciencia? ¡Y me crees malo como me cree todo el mundo! ¡Maldito sea yo! ¡Maldito yo mil veces sea! Sí; porque al cubrirte de oro cegué para mí tu corazón.

ISABEL Perdóname, padre mío, perdóname.

(Por primera izquierda entra azoradísimo DON PABLO, vejete de sesenta años. Viste traje negro de americana. Blanco como la nieve el pelo de su cabeza y el bigote—varios pelos nada más.—Usa gafas que jamás y para nada se quita Tras él entra también ROSA.)

PABLO ¡Don Pedro!... ¡Don Pedro!...

CAIFÁS Siéntese, serénese.. Trae una cara de miedo que asusta. ¿Qué ocurre?

PABLO Creí que no me abrían. Si tardan un poco más me caigo redondo al suelo.

CAIFÁS ¿Qué, ha visto a don Carlos?

PABLO Deje usted que me tranquilice. Doña Rosa, ¿por qué no me hace usted el favor de un vasito de agua?

ROSA Ya lo creo. Anda, Isabel, tráeselo tu misma.

ISABEL A escape. (Isabel hace mutis por segunda izquierda, volviendo a poco con el vaso del agua.)

CAIFÁS ¿No se avergüenza de su miedo? ¡A sus años! ¡Parece mentira!

PABLO No es miedo a la muerte, don Pedro... A mis años, ¿qué miedo me puede infundir esa intrusa? Ninguno. Pero soy solo a ganar... No entra en casa más dinero que el que yo llevo... y a comer somos mi hija, mis dos nietecitos y yo. Si muero me llevo la llave de la despensa. Y sabiéndolo, ¿cómo no quiere usted que me asuste hoy la muerte?

CAIFÁS No sabe usted hablar más que de penas.

PABLO Y bien que lo siento. Mi gozo fuera hablar siempre de alegrías.. pero Dios no lo quiere. ¿Qué le hemos de hacer? Paciencia.

ROSA Beba, beba.

ISABEL Sí, beba que todavía está usted muy asustado.

PABLO ¿Y cómo no voy a estarlo si esos hombres que van por ahí más que hombres son fieras?

ISABEL ¿Qué es lo que quieren? ¿Usted lo sabe, don Pablo?

PABLO Comer para trabajar y trabajar para comer. (Fuera sigue la lucha sangrienta.)

CAIFÁS ¿Y se pide así?

PABLO Dicen que por las buenas no se les atiende y han decidido ir por las malas a ver si así lo consiguen. Que el pan lo pagan cada día más caro, que lo achacan a la escasez de harina, cuando sabido es que son muchos los que tienen grandes cantidades acaparadas para hacérselas pagar a doble precio. Que no haya acaparadores; que se pague el valor de los artículos, pero no sobre precios sin otra justificación que la de enriquecer a determinadas personas.

ISABEL Tienen razón. Es muy justa la petición de esos hombres.

PABLO No lo creen así las autoridades cuando manda contra ellos a la Guardia civil.

ISABEL Es monstruoso que se maten así los hombres.

(El vocerío que llega de la calle es en este momento ensordecedor. Los tiros se suceden.)

CAIFÁS No se matan. Desgraciadamente la Guardia dispara al aire. No es forma esa de pedir las cosas. ¡A tiros! ¡Ni entre salvajes!

(Una bala rompe un cristal del balcón. Todos quedan sobrecogidos.)

ROSA ¡Santo Dios!

ISABEL ¡Virgen mía!

CAIFÁS (Sordamente.) ¡Canallas!...

PABLO Parece que tiran a dar. Han hecho polvo de un balazo uno de los cristales del balcón.

CAIFÁS ¡Pueblo imbécil! ¡Pueblo estúpido!... ¡Ay, si no tuviera aquí repartida mi fortuna!... Pero pronto la reuniré y levantaré el vuelo para salir de esta charca, albergue de chulos de la humanidad, de salvajes, de fieras.

ISABEL (Arrodillándose a sus pies.) Padre mío... ¿por qué eres así? ¿Por qué eres malo? ¿Por qué no quieres ser bueno?

CAIFÁS (Levantándose y con arranque fiero.) ¡Calla, calla! ¡Ingrata!.. ¡Mala hija!... ¡Mala...! Y es ella, es ella quien me echa en cara mi conducta, cuando es por ella, sólo por ella... (Déjase caer de nuevo sobre la silla.) ¡Ingrata!... ¡Ingrata!...

ROSA Pedro.

ISABEL Padre mío.

PABLO Don Pedro.

CAIFÁS ¿También usted?

PABLO También yo, sí, señor; también yo voy a decirle—con todo el respeto que me merece la persona que me da el pan que como—, que, por una hija, se roba, se mata si es preciso, pero en este momento no tiene por qué disculparse en su hija de su ruín corazón.

ROSA (Atemorizada por lo que ha dicho don Pablo.) ¡Don Pablo!

CAIFÁS ¿Eh? Cría cuervos, cría cuervos y te sacarán los ojos. Me dice que no tengo corazón quien está comiendo mi pan, quien no se ha muerto de hambre porque yo lo recogí cuando dejó de ser maestro de escuela porque no le pagaban. ¿Qué hubiera sido de usted, de su hija y de sus nietos si yo no le tomo de cobrador? ¿Qué? Conteste.

PABLO A eso... únicamente Dios podría contestarle.

CAIFÁS Dios... Dios .. ¿Qué hace Dios que no castiga tanta ingratitud?

(El vocerío de la calle ha ido alejándose paulatinamente. Ya casi no se les oye. Pero ahora vuelvénse a oir dos golpes secos, imperiosos, dados a la puerta de entrada del piso. Otra vez quedan todos los personajes sobrecogidos.)

ISABEL ¿Quién será?

ROSA Voy a abrir.

(Otros dos golpes.)

PABLO Yo iré.

CAIFÁS ¿Por qué? ¿Quién es usted para abrir la puerta de mi casa a nadie?

ISABEL ¡Padre!...

PABLO No fué dicho imponiendo mi voluntad, sino ofreciéndome a un servicio.

CAIFÁS Ya. (Nuevos golpes.) Prisa trae quien sea.

ROSA Puede que sea algún cliente que viene a pagarte.

CAIFÁS Tú eres tonta. A pagar nunca viene nadie con prisa. Eso cuando vienen, que no siempre vienen.

(Nuevos golpes.)

PABLO Por las prisas que trae, quien sea, más bien parece que viene a cobrar.

CAIFÁS Abrid ya. Sepamos quién es y lo que quiere.

ISABEL Yo misma voy. (Vase por primera izquierda. Una pausa prolongada. Se oyen voces muy quedas.)

CAIFÁS (Impaciente, alzando la voz.) ¿Quién es? (Breve pausa.) ¿Quién es, Isabel? (Otra pausa.) Pero ¡qué hace esa chiquilla que no me contesta!

ROSA Voy a ver...

CAIFÁS No, deja; iré yo.

ROSA Quita, hombre; yo voy. (Y hace mutis por primera izquierda.)

CAIFÁS Bueno; dígame usted, don... Buen Corazón.

PABLO No puedo replicarle... Tengo dos nietecitos huérfanos de padre..., una hija y. . Pregunte lo que me iba a preguntar ya que contestarle no puedo.

CAIFÁS Está bien. ¿Le pagó don Carlos de Bustamante?

PABLO Me pagó. Además me dió un encargo para usted; un consejo.

CAIFÁS ¿También se permite aconsejarme? Por un santo le tienen todos en el pueblo, pero me parece que es él quien necesita de consejos.

PABLO De consejos malos, tal vez; buenos... no creo que le hagan falta.

CAIFÁS Si hubiera tenido quien le aconsejara, no se hubiera arruinado por medio pueblo cuando aquella enfermedad que corría de la que murieron tantos.

PABLO Quien se arruinó prestando asistencia facultativa a medio pueblo sin cobrar sus visitas y pagándoles además medicamentos y después cuanto les hizo falta para reponerse, salvando así a centenares de hombres, niños y mujeres, no necesita consejos de nadie.

CAIFÁS ¿Y de qué le ha servido? Para arruinarse únicamente.

PABLO Y para conquistarse la gratitud de todos.

CAIFÁS A costa de su fortuna. ¿No es criminal quien como él, por Quijote, haya tenido que recurrir a mí para comer por haber repartido antes su dinero entre personas que ni las gracias han de darle nunca?

PABLO Cada uno es dueño de sus acciones.

CAIFÁS Pero cuando se tiene un hijo como lo tiene él... Es igual que, porque yo quisiera conquistarme la admiración del mundo, diera a los pobres o al diablo hasta el último céntimo de mis riquezas y dejara a mi hija en la miseria. Resultaría un santo para la Humanidad entera si se quiere, pero para mi

hija solo sería un canalla. Pero, ¿qué hacen esas mujeres que no vienen? (Llamando.) ¡Isabel! ¡Rosa!

PABLO Sepa de una vez el consejo de don Carlos.

CAIFÁS Venga ya ese consejo. A ver qué es ello.

PABLO Que si no quiere que le den un disgusto gordo, que declare la cantidad de harina que tiene acaparada y la venda al precio de tasa.

CAIFÁS ¿Eh?

PABLO Con lo cual, según él, todavía le proporciona una ganancia considerable.

CAIFÁS ¡Al precio de tasa!... ¡Ja, ja, ja! Ese hombre cree que todos estamos locos como él. Si él se arruinó por el prójimo, yo no. (Entra ISABEL por segunda izquierda, lívida, descompuesta, emocionada.) ¿Quién era? ¿Cómo has tardado tanto?

ISABEL Padre.. Usted me ha querido siempre mucho; dice que me quiere como a nadie...; que por mí es usted capaz de todo.

CAIFÁS ¡De todo, sí! ¿A qué viene ahora decir todo eso?

ISABEL Viene a que acabo de admitir en nuestra casa a un pobre hombre que han herido en la calle.

CAIFÁS ¿Qué? ¿Qué has metido en casa a uno de esos miserables?

ISABEL No es de esos, no se altere. Es un pobre obrero que casualmente iba por la calle cuando los disparos y una bala perdida le ha dado en la cabeza. Le han traído casi moribundo... Ante tan imperioso apremio, sin consultar con usted, los hice pasar; y ahí en mi habitación, lo han dejado sobre mi cama.

CAIFÁS ¡Mal hecho! ¿Qué tenemos nosotros que ver conque los hombres se maten porque sí? Ahora ese hombre se nos muere, vendrá la justicia a tomarnos declaración, a jorobarnos... ¿Qué necesidad teníamos nosotros de todo ello? Has hecho mal, muy mal.

ISABEL Era un caso de humanidad, padre.

CAIFAS ¿Y qué entiendes tú de eso?

PABLO Más que usted, ¡contra!; más que usted que así habla.

CAIFÁS Pues ahora mismo les estás diciendo a los que lo han traído que carguen de nuevo con

el moribundo y se lo lleven a la casa de socorro, al hospital, al infierno. Mi casa no está para que la asalten tomándola por un hospital de sangre.

(LUISITO DE BUSTAMANTE, muchacho de unos mal cumplidos veinticinco años, aparece por primera izquierda. Entra precipitadamente. Él, que no pensaba hallar a nadie, queda sorprendido al ver a Isabel, Caifás y don Pablo. Quien realmente le sorprende es Isabel. Luis viste un elegante terno de americana. Es fino, correcto, simpático.)

LUIS — ¡Ah! Ustedes perdonen...

ISABEL — (¡Él!)

LUIS — Pero es el caso que me han llamado con urgencia para asistir a un herido grave.

ISABEL — Es... es usted el médico.

LUIS — Sí, señorita.

ISABEL — Pase usted; por aquí... En esa habitación está.

LUIS — Gracias, muchas gracias. (Vase Luis por segunda izquierda.)

CAIFÁS — (A don Pablo.) Venga usted conmigo a mi habitación. Yo vivo en la tierra y no en la luna como esta hija mía y su madre. Haremos el asiento de ese ingreso que me trae.

PABLO — Lo que usted mande.

CAIFÁS — ¡Cuidado que ha sido locura esta de meter en casa a un moribundo! ¡Y consentirlo yo, yo!... Venga, venga usted conmigo. (Y vánse los dos por la puerta del foro. Al mismo tiempo y por segunda izquierda, entra ROSA.)

ROSA — ¿Y tu padre?

ISABEL — Ahora mismo acaba de marcharse a su habitación con don Pablo.

ROSA — ¿Le has dicho?...

ISABEL — Claro que se lo he dicho.

ROSA — ¿Y le ha parecido bien? No, no me lo digas. De sobra sé lo que habrá dicho. ¡Qué hombre! ¡Ay, si no hubiera sido por ti! ¡Cuánto tiempo que no estaría a su lado!

ISABEL — Madre.

ROSA — No, no te alarmes. Lo he sufrido hasta hoy y lo seguiré sufriendo hasta que Dios me llame a su lado. Por ti, nada más que por ti, desde luego

ISABEL — ¡Qué buena es usted, madre mía.

ROSA — No lo sabes tú bein. Tu padre no ha tenido nunca para mí una fineza, una galantería,

una palabra cariñosa... Para él todo lo de la vida se ha reducido a amontonar dinero y más dinero en sus arcas; a realizar negocios, ¡pero qué negocios!; usura, nada más que usura. A desvalijar sin compasión ni piedad a cuantos desgraciados han acudido a él; prestar el dinero a réditos escandalosos... Unicamente cuando tú naciste, se humanizó un poco, solo un poco, y para contigo, para nadie más. ¡Cómo quieres que me sorprenda lo que haya podido decirte cuando le has dicho que hemos admitido a ese pobre hombre! Y ten la completa seguridad de que si lo ha consentido es porque ha sido cosa tuya.

ISABEL ¿Está muy grave, verdad?

ROSA No sé; ahora acaba de entrar el médico.

ISABEL Sí, lo he visto. No sabía que fuera médico.

ROSA ¿Le conoces?

ISABEL Es él..., el que me sigue a todas partes.

ROSA ¡Ah! ¿Es este el muchacho de quien tantas veces me has hablado?

ISABEL El mismo. Desde hace más de un mes que no salgo una vez al balcón que no me lo encuentre en la calle mirando a esta casa. Si voy a misa, en la iglesia está; si de paseo, en el paseo lo veo; si al baile, en el baile; si al teatro, en el teatro; donde quiera que voy allí está él mirándome fijo, muy fijo.

ROSA ¿Y nunca te ha dicho nada?

ISABEL Nunca, madre.

ROSA Pues eso solo lo hace un hombre cuando está enamorado.

ISABEL ¿Usted cree?...

ROSA Seguro. Y tú también debes estar interesada por él cuando tanto te fijas.

ISABEL Yo, madre...

ROSA No te apures, tonta. Si es natural, si me parece muy lógico. ¿Le quieres, verdad? Dímelo sin ningún cuidado. Yo no soy tu padre; conmigo puedes tener entera confianza. ¿Le quieres?

ISABEL Sí, madre; lo quiero. ¿A qué negárselo? Desde que le ví por primera vez me interesó; ya usted lo sabe porque muchas veces se lo he dicho. Que estuviera enamorada... no me he atrevido hasta ahora. Y a usted, que a padre... no se lo hubiera dicho nunca.

ROSA — Ni se lo digas. ¡Qué sabe él de estas cosas del corazón! Nunca ha sabido lo que es querer.

ISABEL — Me parece que ha de ser muy bueno, muy simpático, muy cariñoso.

ROSA — Si ha salido a su padre, será más que todo eso: será un santo.

ISABEL — ¿Usted le conoce, madre? ¿Sabe a qué familia pertenece?

ROSA — No me sorprende tu ignorancia. Tu padre, aunque te lleva a todas partes, procura hacerlo ocultándote de todo el mundo. ¡Y no digamos si han querido conocerte! Los ha espantado como a lobos.

ISABEL — Es verdad. Pero, dígame usted, madre; ¿quién es él? ¿Qué familia es la suya?

ROSA — El muchacho hace poco que ha vuelto de Inglaterra, a donde lo envió su padre así que terminó la carrera. Allí ha practicado la cirugía en lo que aseguran ha vuelto adelantadísimo. Ahora apenas si hace tres meses que está en el pueblo. Su padre ..

ISABEL — ¿De forma que si por él fuera requerida de amores, lo vería usted con buenos ojos?

ROSA — Queriéndole tú como le quieres y siendo él un buen muchacho como seguramente lo es... Lo malo es que no siempre nos quieren aquellos a quienes nosotras queremos.

ISABEL — Es cierto. Pero en esta ocasión ..

ROSA — Dices bien; en esta ocasión parece que afortunadamente, el decir no viene a qué. ¡Dios quiera que se realicen tus sueños! Porque es lo que deseo vivamente; dejarte casada antes de que Dios me llame.

ISABEL — Y así será. Que mucho ha de vivir usted y tiempo sobrado hay para que me salga un hombre.

(Por segunda izquierda sale LUIS.)

LUIS — Perdonen ustedes.

ROSA — ¿Terminó usted ya?

LUIS — Sí, señora

ROSA — Y qué, ¿cómo está ese hombre?

LUIS — Grave, muy grave.

ISABEL — ¿No curará?

LUIS — Quién lo sabe, señorita. Estos balazos en la cabeza casi todos son de funestos resultados Por mi parte puedo decir que he hecho cuanto humanamente me ha sido posible; pero dudo que se salve.

ISABEL ¡Pobre hombre!

LUIS Sí, pobre. Ha quedado con él un hermano suyo. Me ha encargado dé a ustedes las gracias. Yo también me complazco en mostrarles mi agradecimiento. Ha sido una obra de caridad lo hecho por ustedes con ese desgraciado. Semejante acción solo la realizan almas tan nobles como las de ustedes.

ISABEL ¡Quite usted! Cualquiera en nuestro caso hubiera hecho lo propio.

LUIS Cualquiera.. que fuera como ustedes. No todos aceptan en su casa, así como así, a un herido de esta índole. Son muchas las molestias que ocasionan. Por cierto que habrá que limpiar.... Ustedes me perdonen, pero...

ROSA No le preocupe ello. Ahora mismo va a quedar todo limpio. Un momento. Con su permiso.

(Vase por segunda izquierda.)

LUIS ¿Es su madre?

ISABEL Sí, señor.

LUIS De tal palo tal astilla.

ISABEL ¿Y qué quiere decir?

LUIS Que también su madre de usted habrá sido guapa de veras.

ISABEL ¡Qué gracioso! ¿Usted cree?

LUIS No hay más que verla a usted.

(Isabel baja la cabeza, ruborizada. El la mira fijamente. Pequeña pausa.)

ISABEL ¿Luego entonces, según usted, si Dios no hace un milagro, morirá ese pobre hombre?

LUIS Sí, morirá.

ISABEL ¡Qué pena, Dios mío!

LUIS ¿Le interesa a usted ese desdichado?

ISABEL Me interesa la desgracia.

LUIS Por serlo en todo, es usted bonita de alma y de cara.

ISABEL Amabilidad suya.

LUIS Justicia nada más.

(Nueva pausa.)

ISABEL Ahora que sé que es usted médico, podrá satisfacer una curiosidad que tengo.

LUIS Cuantas guste. Diga usted.

ISABEL ¿Fué cosa grave lo de aquella infeliz mujer atropellada por el carro?

LUIS No recuerdo en este momento... ¡Pícara memoria!

ISABEL — Fué hace pocas tardes... Iba yo con mi padre, por la Avenida de los Pinos... A los gritos de la pobre mujer acudió usted, y...

LUIS — Sí... sí...

ISABEL — Después, como mi padre no me dejó mirar hacia atrás, no sé lo que pasó.

LUIS — Sí, ahora recuerdo. No, no fué nada grave. Unas excoriaciones que se produjo al caer y el golpe de la barra... Pudo haber muerto aplastada por el carro, pero el carretero, rápidamente, sujetó las bestias, y gracias a su presteza, todo quedó reducido al susto que fué considerable.

ISABEL — Por cierto que aquel día no le volví a ver a usted.

LUIS — ¿Cómo?

ISABEL — ¡Ay!

LUIS — No, no se arrepienta de haberlo dicho. ¿Qué tiene eso de particular? Eso de ver a una persona en un día una sola vez es muy frefrecuente. Como el encontrarse dos, casualmente, varias veces en un mismo día.

ISABEL — ¿Casualmente?

LUIS — O intencionadamente.

ISABEL — Ya.

LUIS — ¿Usted cree que cuantas veces me encuentra usted en la iglesia, en el paseo, bajo sus balcones, es pura casualidad?

ISABEL — Eso... usted es quien lo ha de décir.

LUIS — ¿No cree usted que obedece a otra cosa? A un interés, a una necesidad, a un algo muy imperioso que a verla me obliga?

ISABEL — No sé... no sé...

LUIS — ¿Aún no ha adivinado que la quiero con toda mi alma?

ISABEL — Yo...

LUIS — Sí, Isabel, sí. La quiero, la quiero como aún no había querido a nadie en este mundo. Y usted lo sabe, lo ha adivinado hace ya muchísimo tiempo.

ISABEL — Yo... yo...

LUIS — Sí; usted. No se lo he dicho hasta hoy porque no he encontrado hasta este momento la ocasión de decírselo.

ISABEL — (Ingenuamente.) Pero por carta...

LUIS — ¿Eh? ¿Qué escucho? ¿Luego es verdad que me quiere, que me quiere usted también?

ISABEL — Yo... yo no he querido decir semejante cosa.

LUIS — Usted no lo ha dicho si usted quiere, pero yo así lo he comprendido y así es. Tiene usted razón; se lo hubiera podido decir hace tiempo por carta, pero por escrito no habría podido expresar mi cariño, lo muchísimo que la quiero.

ISABEL — ¿De verdad, de verdad me quiere usted mucho?

LUIS — ¿Pero lo duda usted?

ISABEL — No... no...

LUIS — Isabel, Isabel, dígame usted también que me quiere, que me quiere como yo a usted.

ISABEL — ¡Chist! Mi madre viene.

(Efectivamente: por segunda izquierda entra ROSA muy emocionada.)

ROSA — ¡Ah! Está usted aquí. ¡Gracias a Dios!

ISABEL — ¿Qué pasa, madre?

LUIS — ¿Qué ocurre, señora?

ROSA — ¡Pronto, pronto; venga usted! Ese hombre...

ISABEL — ¿Está peor?

ROSA — ¡Venga usted, venga!

(Hacen mutis por segunda izquierda, Isabel, Rosa y Luis. Por el foro salen CAIFÁS y DON PABLO.)

CAIFÁS — No lo olvide.

PABLO — Descuide usted.

CAIFÁS — Una cosa es predicar y otra muy distinta dar grano. No lo olvide.

PABLO — No, señor, no.

CAIFÁS — Pues téngalo presente y no deje de decírselo.

PABLO — Sí, señor, sí.

(Un murmullo de voces, pero un murmullo silencioso, óyese en este momento por la parte de entrada de la casa.)

CAIFÁS — ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Quién anda ahí? (Al ver a DON CARLOS DE BUSTAMANTE que entra por primera izquierda seguido de gente del pueblo.) ¡Ah! ¿es usted, don Carlos?

CAR. — Sí, yo soy.

(Don Carlos es un hombre de cuarenta a cuarenta y dos años. Arrogante, vigoroso, fino. Pelo negro, si bien en las sienes las canas se han cebado. Barba recortada y bigote, todo bien cuidado. Viste traje de americana oscuro, elegante. Todo en él denota a la persona correcta, justa y simpática. Es bondadoso, pero no se deja atropellar.)

CAIFÁS — ¿Y a qué debo el honor de su visita?

CAR. — A lo que poco te imaginas. Ya estarás ente-

rado de que hoy han muerto muchos hombres en la ciudad por tu culpa y por la de otros como tú.

CAIFÁS ¿Por mi culpa, señor de Bustamante?

CAR. Es inútil que disimules. Eres zorro viejo y no te concedo el honor de creer que ignoras las causas. Con don Pablo te envié el recadito de que si querías salvar tu pellejo, dieras cuenta al pueblo de la harina que guardas y la pusieras a su disposición inmediatamente al precio de tasa.

CAIFÁS Eso no puede ser. A mí me costó más cara.

CAR. ¡Miserable tacaño! ¿No hay en tu alma negra y vacía ni tanto así de sentimiento humano?

CAIFÁS Yo no mantengo vagabundos. Si el sueldo de ocho horas no les retribuye lo suficiente para la vida, que trabajen en vez de ocho, doce horas.

CAR. ¡Calla, calla! Más quisiera condenarme por toda la eternidad en las llamas del infierno, que ser lo que tú eres, el avaro Caifás, por espacio de un minuto.

CAIFÁS Dígame cuanto quiera; lléneme de insultos e improperios si ese es su gusto, pero tenga presente, señor don Carlos de Bustamante, que, si no hubiera existido el avaro Caifás, como usted acaba de llamarme, su hacienda toda se la hubiera comido esta gentuza que usted ampara y proteje.

CAR. Así te la has comido tú, que es mucho peor.

CAIFÁS Bueno; si no han venido por otra cosa más que por mi harina, dicho está lo dicho... Y déjeme que mis quehaceres tengo.

CAR. Te he dicho que no me voy sin la harina. Si no me la das de grado, la darás por fuerza. A pagártela a precio de tasa he venido.

CAIFÁS ¡A precio de tasa! Ya dije antes que la compré yo más cara. Mi pellejo daría por ese precio antes que la harina. ¡Y a esa canallería! ¡Nunca!

CAR. Agradece a esa canallería, como la llamas tú, execrable usurero, porque no han puesto fin a tu vida inútil. La generosidad de este pueblo, ¿no te llama la atención? Cuando la epidemia, que a mí me costó la hacienda y

cuantos bienes de fortuna poseía, y me obligó a caer en tus miserables garras, todo el pueblo prestó su apoyo a las pobres gentes que quedaron en la miseria. Unicamente tu corazón permaneció insensible, y no se te pudo arrancar ni una camisa vieja para cubrir la desnudez de las pobres criaturitas que quedaron huérfanas, ni un pedazo de pan para matar su hambre. Villares no ha olvidado tus infamias. ¿Dónde tienes el alma, dónde tienes la conciencia? Pero tú no tienes alma ni eres cristiano, sino que llevas sangre de judío en tus venas. Dame pronto la harina si no quieres morir a manos de este resignado pueblo que te sufre.

CAIFÁS Don Carlos... Con mi hacienda y mi trabajo no engordarán los vagabundos y holgazanes. ¡Hábleme a mí de caridad y de generosidad y de interés por estos... revolucionarios que todo lo solucionan por la fuerza bruta; a tiros! La Junta de Subsistencias no se reirá de mí por usted. ¡Como si no supiéramos lo que significa toda esta música de los precios de tasa! Don Carlos... algo queda en casa por este trabajillo, ¿no es cierto? Algún pagaré pensaba usted pagarme de lo que le quedaría si yo fuera tan cándido que le entregara la harina a ese precio.

(Y don Carlos que ya estaba sofocado y nervioso, al oir las últimas frases de Caifás, y sin poderse contener, va hacia él dispuesto a abofetearle; pero Caifás que estaba prevenido, rápidamente se abalanza sobre don Carlos y le echa las manos al cuello.)

CAR. ¡¡Eh!! ¡Ave vil de rapiña! ¡Miserable vampiro! Tú que te has enriquecido con la sangre de los pobres, ¿te atreves a llamarme ladrón? ¿A mí? ¡Quita! (Y como más fuerte, después de una lucha en la que don Carlos ha rechazado la zarpa felina que tan súbitamente le había hecho presa, lo sacude violentamente y cae Caifás al suelo, como un cuerpo muerto.) Y agradéceme que no te arranco esa miserable lenguaza para echarla a los perros. (A las voces y ruido de la lucha, salen LUIS, ROSA e ISABEL. Esta y su madre, al ver a Caifás en el suelo, acuden en su auxilio. Don Carlos, volviéndose hacia los que quedaron en la puerta cuando él entró, les dice:) Ea, muchachos, entrad en el almacén y sacad a la calle los sa-

cos de harina. Pronto, despachemos pronto. (Desaparecen por la misma puerta donde quedaron. Luis, al ver la escena y figurándose todo lo ocurrido, queda petrificado en un rincón.)

ROSA ¡Pedro!

ISABEL ¡Padre!

CAIFÁS ¡Fuera! ¡Fuera de mi lado! Soy insultado, maltratado en mi propia casa, y nadie es para defenderme, para matar a quien tal ha hecho.

ISABEL ¿Qué dice?

ROSA Pero...

CAIFÁS ¡Nadie! ¡Ni los míos! ¡Ni mi mujer!... ¡Ni mi propia hija!

CAR. Calla, calla... Te tendrá más cuenta. (Don Carlos momentos antes ha sacado papel y lápiz y ha estado haciendo números.)

ISABEL ¿Pero ha sido usted?

CAR. Sí, hija, yo he sido. Yo he tenido que emplear la violencia con su padre de usted.

ISABEL Se ha valido de que es un pobre viejo... un ser sin fuerza...

CAR. Ignora usted lo ocurrido y por eso me habla usted así. (Entregándoles unos billetes.) Tome usted, entréguele a su padre este dinero. Es, lo que según el precio de la tasa, le corresponde por la harina que nos llevamos. Aún gana otro tanto de lo que le costó. (Viendo que Isabel no coge el dinero.) ¿No lo quiere usted tomar? Pues ahí lo dejo. (Lo deja encima de la mesa.)

ISABEL (Cogiendo el dinero y arrojándoselo a los pies.) ¡Tome usted sus dineros!

TODOS ¿Eh?

ISABEL De quien así ofende a mi padre, su aliento nada más me quemaría como brasas de fuego.

CAR. Ese arranque suyo, esa valentía en defensa de ese hombre—indigno de ser su padre de usted,—la honra muy mucho, señorita. Orgulloso me complazco en reconocerlo. ¡Así deben ser los hijos que quieran honrar a sus padres! Acaba usted de ennoblecer, con su actitud, esa alma encanallada y miserable. A los pies de usted. (Mutis rápido por primera izquierda.)

ISABEL ¡Padre! ¡Padre mío!

ROSA ¡Pedro!

ISABEL (A Luis.) Y usted que tanto dice quererme, ¿cómo no ha hecho suyos los insultos de ese miserable? ¿Cómo no abofeteó a quien tan poco respeto inspiraron las canas de mi padre?

LUIS Porque ese hombre... ese miserable, ¡es mi padre!

ISABEL ¡Eh!

LUIS ¡Mi padre, sí! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Patinillo en casa de Pedro Evans. Es éste un patinillo que nada tiene que envidiar al más alegre de Sevilla. Al foro, puerta vidriera que comunica con el interior. A la izquierda, puerta falsa que da a una amplia y vieja calle. A la derecha, una muy tupida enredadera cubre toda la pared, que como todas las demás, está recién encalada.

Sillas de enea y mecedoras.

Son las once de la mañana de un domingo del mes de Junio.

(Al levantarse el telón óyense las voces de ISABEL y ROSA, que hablan dentro como despidiendo a alguien que las acompañó hasta la puerta de la vieja calle. Seguidamente aparecen las dos, madre e hija, por dicha puerta. Vienen de la iglesia.)

ROSA ¡Qué buena es esta doña Dolores!

ISABEL Pero, qué habladora.

ROSA Mucho, eso sí. Cuando empieza a hablar, no sabe una cuándo va a terminar. Pero buena, eso no hay quien lo niegue; muy buena.

ISABEL Lo sería más si hablara menos. ¡Uf, qué calor. (Se quita el velo.)

ROSA Sí que aprieta. (Quítase la mantilla.)

ISABEL Más de la cuenta.

ROSA El sol es fuego; abrasa. ¿Vamos adentro?

ISABEL Como usted quiera.

ROSA Vaya, vaya... no estés triste. Habrá tenido que hacer.

ISABEL Si no estoy disgustada.

ROSA ¿Te figuras que a mí me puedes engañar?

ISABEL Y no la engaño a usted al decirle que no estoy disgustada.

ROSA — No me engañas, no; pero de sobra sé yo lo que piensa esa cabecita.

ISABEL — Madre...

ROSA — Anda, anda, no seas boba. No es ésta la primera vez que no ha podido.

ISABEL — ¿Usted cree que hoy no ha podido?

ROSA — ¿Pues qué piensas que sea si no? ¿No estás segura de su cariño?

ISABEL — Como segura estoy del que yo le tengo.

ROSA — Entonces...

ISABEL — ¡Ay, madre! ¿Por qué para amarnos hemos de tropezar siempre con obstáculos?

ROSA — Sin duda para que mientras se vencen se afiance más el cariño de uno y de otro.

ISABEL — ¿Y por qué no han de ser todos los obstáculos como lo fué el de usted?

ROSA — Porque entonces no los habría. Antes de tú saber que él te quería, ya lo sabía yo. Antes de tú saber si te requeriría de amores, ya me lo habías dicho a mí. ¿Qué obstáculo fué el mío? Ninguno.

ISABEL — Pero, padre...

ROSA — Todavía lo ignora; aún no se lo has dicho; no te atreves.

ISABEL — No me atrevo, no. ¿Por qué? No sabría explicárselo. Como el por qué se lo dije a usted sin temor de ninguna clase, tampoco.

ROSA — Muy sencillo, hija mía. Las madres no infundimos respeto; cariño, mucho cariño, eso sí. Por eso, cuando los hijos nos quieren como debemos, no nos ocultan nada, y si nos lo ocultan ellos, y saben que nosotras lo sabemos, no se avergüenzan, no sienten temor ninguno. Cuando esto ocurre y malo fué lo hecho, interiormente se arrepienten, y nuestro silencio resignado es más eficaz que un correctivo severo. Y cuando se nos confían, lo hacen como con amiga íntima.

ISABEL — ¡Qué bien dice usted!

ROSA — ¿No ves que antes de ser tu madre he sido hija de la mía?

(Aparece LUIS por la puerta de la calle.)

ISABEL — (Al verle.) ¡Luis!

LUIS — (Entrando.) Yo soy. Buenos días.

ROSA — Buenos días.

LUIS — No he podido ir a la iglesia.

ISABEL — Ya, ya.

LUIS — Por eso he venido corriendo a verte. ¿Estás enfadada?

ISABEL — Si crees que no debo estarlo...

LUIS — Lo comprendo. Pero cuando salía de casa me tropecé con una muchacha que venía a llamarme de parte de don Tomás Nogales, el Notario, para que fuera a su casa sin pérdida de tiempo. Como mi padre aún no había vuelto de sus visitas, tuve que ir yo.

ROSA — ¿Está enfermo don Tomás?

LUIS — No; doña Amparo, su madre.

ROSA — Tiene tantos años la pobre señora.

ISABEL — ¿Y era cosa de cuidado?

LUIS — Lo que ha dicho tu madre, sencillamente: los años.

ISABEL — ¿Y no pudieron llamarte más oportunamente?

LUIS — Qué quieres; uno de los muchos inconvenientes que tiene nuestra carrera es éste: no poder disponer de nuestra vida.

ISABEL — Es cierto. ¿Por qué no escogiste otra?

LUIS — ¡Qué chiquilla ésta!

ISABEL — ¿Por qué te querré yo tanto?

LUIS — Por lo mismo que yo a ti.

ROSA — Adentro me voy, no vaya a salir tu padre y os sorprenda

LUIS — ¿Y qué importa? Que salga y nos sorprenda es lo que verdaderamente deseo. Ya es hora de poner fin a tanta incertidumbre. ¿Acaso son un crimen nuestros amores?

ISABEL — No, Luis; pero tú conoces las causas. Dejemos pasar un poco más de tiempo. ¿A qué buscar un disgusto que puede evitarse?

LUIS — ¿Tú crees que tu padre es de los que olvidan un agravio?

ISABEL — Con el tiempo... El tiempo todo lo borra.

LUIS — No, Isabel. Tu padre, aunque me duela reconocerlo, por ser tu padre, no ha de perdonar jamás; jamás ha de olvidar agravios que se le infieran.

ROSA — (Que desde que entró Luis no se ha separado de la puerta de la casa.) ¡Callarse! Creo que viene... Pronto, márchese usted, Luis.

LUIS — Aquí espero; que salga.

ISABEL — No seas así, Luis. Yo soy la primera en reconocer que tienes razón. Ha de ser y ello será, te lo juro. Pero márchate ahora, te lo suplico.

LUIS — Tus súplicas, mandatos siempre han de ser para mí. Me voy.

ROSA — Sí, pronto, que viene.

LUIS — Hasta luego, Isabel.

ISABEL — No te alejes mucho. Espera por esta calle. Yo te avisaré. Hablaremos entonces.

LUIS — En la calle espero.

ISABEL — Sí. Adiós.

(Vase Luis por la puerta falsa.)

ROSA — ¿Vamos, Isabel?

(Por la puerta de la casa sale DON PABLO. Isabel y Rosa quedan sorprendidas.)

PABLO — ¿Ya están ustedes de vuelta?

ISABEL — ¡Don Pablo!

ROSA — ¿Pero es usted?

PABLO — ¿Tan desfigurado estoy?

ROSA — ¡No es eso!

ISABEL — ¡Valiente susto nos ha dado!

PABLO — ¡Hola! Pelábamos la pava, ¿eh?

ROSA — Y creyendo era Pedro quien salía...

ISABEL — Echamos a Luis.

ROSA — ¿No le has dicho que esperé en la calle?

ISABEL — Sí.

ROSA — Llámale.

PABLO — No, no le llames.

ISABEL — ¿Eh?

PABLO — Tu padre va a salir. Está hablando con Ramón el Veterinario, que ha venido a matarle.

ROSA — ¿Eh?

ISABEL — ¿Cómo?

PABLO — Tranquilícense que no llegará la sangre al río.

ISABEL — ¿Pero es cierto que ha venido a matar a mi padre?

PABLO — Así me lo dijo a mí en su casa hace una hora cuando fuí a cobrarle.

ROSA — ¿Qué va a matar a nadie ese hombre si es más bueno que el pan?

PABLO — Pues cuando él me lo ha dicho, figúrese las razones que tendrá.

ROSA — Hablar por hablar.

PABLO — La verdad es que hasta ahora no lo ha matado.

ISABEL — ¿Pero se está usted divirtiendo con nosotras?

PABLO — No, hijita, no; que es bien cierto lo que digo. Tu padre, hace ya algún tiempo, pres-

tó a ese desgraciado cien duros. Cuando venció el plazo no pudo pagar, porque su mujer, en aquellos días, dió a luz al que hace el séptimo de sus hijos.

ROSA ¡Qué enormidad!

ISABEL ¡Siete hijos!

PABLO Y los que aún puede darle, que todavía está muy fresca. En fin, al caso: que no pudo pagar, que fueron aumentando los intereses; después, los intereses compuestos, y... en resumen, que hoy debe una cantidad por aquellos cien duros recibidos, que más le hubiera valido no pedirlos en su vida.

ISABEL ¿Tanto suben los intereses?

PABLO El doble, justos y cabales, del dinero prestado.

ISABEL ¿Qué disparate es ese?

PABLO El disparate de los intereses compuestos. No sabes lo que es esto, ¿verdad? Ni quiera Dios que lo sepas nunca. El padre de tu novio sí lo sabe.

ROSA Silencio. Ellos salen.

(Efectivamente, por la puerta de la casa salen CAIFÁS y RAMÓN. Éste, como antes ya dijo don Pablo, es veterinario de Villares. Cuarenta años larguitos, grueso y rostro rasurado. Viste traje rayado de pana de color. Es de carácter bondadoso, pero cuando sabe que abusan de su bondad, tórnase violento e impetuoso.)

RAM. (Saliendo.) ¡De ninguna manera! ¡Está dicho!

CAIFÁS Ya lo he oído; puedes marcharte.

RAM. No; eso de que puedo marcharme, dicho así como dándome a entender que usted obrará por su cuenta, no. ¡Eso no; no y no!

ISABEL ¿Qué es eso, padre?

CAIFÁS Nada; asuntos nuestros de negocio.

RAM. Asunto de negocio, no. Asunto vergonzoso, criminal. He sido estafado, ¡estafado!

CAIFÁS ¡Bah! ¡Bah!

RAM. ¡Estafado! Yo le pedí a usted prestadas quinientas pesetas para devolvérselas cuando pudiera.

CAIFÁS Y yo te las presté.

RAM. Pero ahora me exige usted mil quinientas, es decir, el triple de lo prestado.

CAIFÁS Ay, hijito; ese es mi negocio. Los intereses...

RAM. La estafa.

CAIFÁS Como tú quieras llamarle. Cuanto más tardes en pagarme, más me deberás.

PABLO — Bien; se aproxima la hora del almuerzo, y si ustedes no mandan otra cosa...

CAIFÁS — Nada. Puede usted marcharse cuando quiera.

PABLO — Hasta mañana entonces. Adiós, Ramón.

RAM. — Usted lo pase bien.

PABLO — Adiós, Isabel. Hasta mañana, doña Rosa.

ISABEL — Hasta mañana, don Pablo.

ROSA — Vaya usted con Dios.

(Vase don Pablo por la calle.)

RAM. — Así es que hemos dicho...

ROSA — (A Caifás.) ¿Salió Teresa?

CAIFÁS — No; ahí dentro la tienes.

ROSA — Voy entonces a ver cómo marcha la comida.

CAIFÁS — (A Isabel que sigue a su madre.) Prepárame una taza de caldo, Isabel.

ISABEL — Sí, señor. (A Ramón.) Y no se acalore usted. Todo puede arreglarse amistosamente y nada vale la pena de disgustarse. Ceda usted un poco que mi padre cederá también lo que sea preciso para que continúen ustedes siendo buenos amigos.

CAIFÁS — Vete ya; tú no entiendes de estas cosas.

(Isabel baja la cabeza y entra en la casa siguiendo a Rosa.)

RAM. — Como estoy seguro de que usted no obedecerá a su hija ni cederá por su parte ni tanto así, vamos a poner en claro el asunto de una vez.

CAIFÁS — Te escucho. Pero ten presente que me estás haciendo perder un tiempo que me reclaman otras obligaciones.

RAM. — Usted me ha hecho perder la paciencia millones de veces, y, sin embargo, ya ve, le estoy hablando con relativa calma.

CAIFÁS — La paciencia se pierde y se recobra; una hora de vida se pierde, y no se recobra jamás.

RAM. — Mire usted, don Pedro; yo comprendo que por su préstamo me reclame usted una prima, diez, veinte, cuarenta duros, si usted quiere; pero nunca una cantidad... esos intereses que usted me exige.

CAIFÁS — Lo que yo te reclamo, lo que yo te exijo, no es más que los réditos y los réditos de los réditos de los cien duros que te presté. Y ten presente que no aumento un solo céntimo a la cantidad que arroja el interés compuesto.

RAM. Como yo no entiendo—¡ni ganas!—de intereses compuestos, he ido renovando el pagaré cándidamente, ingenuamente, sin darme cuenta de lo que firmaba. Y esto es inhumano. Sí; porque usted con esto me va a perder para siempre. Yo, cien duros, a costa de privaciones y grandes sacrificios, los he podido reunir hoy; pero doscientos cincuenta que usted me exige, no los podré reunir en mi vida. Tengo siete hijos, mujer y yo. Nueve a sentarnos a la mesa, y uno solo, yo, a ganar. Así es que como espero de usted una mala jugada y no estoy dispuesto a admitírsela, le advierto que, para evitar que usted les quite el pan a mis hijos, estoy dispuesto a todo, a arrancarle a usted el corazón, si es preciso.

CAIFÁS ¿Eh?

RAM. ¡Dicho está!

CAIFÁS (Ríe cínicamente.) ¡Ja, ja, ja!

RAM. ¡Dicho está! No se ría. Mujer y siete hijos tengo: por la salud de todos ellos juro que, como intente jugarme una mala partida, lo mato. ¡Jurado está!

CAIFÁS (Cambiando de color.) Vamos, Ramón, vamos...

RAM. ¡Jurado está!

CAIFÁS Tú eres bueno.

RAM. Y usted un canalla. Ya ve usted si tendré razón para llamárselo, siendo yo tan bueno como usted dice. Y no le hago perder más tiempo. Usted lo necesita todo para ver la forma más cómoda de robarnos. A nosotros, a los pobres, que necesitamos de ustedes. ¡Ay, si fusilaran a todos los prestamistas y usureros y quemaran todas las casas de préstamos! Esta sería la resurrección del pobre, la desaparición total de la miseria. Pero así, no; mientras existan usureros, prestamistas y casas de empeño, existirá la miseria, el crimen y el mal. Combine, medite, que juramento sagrado hecho tengo de que lo mato. ¡Por éstas! ¡Lo mato! (Mutis rápido por la puerta de la calle. Caifás, que ha estado espiando sus movimientos, al verlo marchar deja escapar un suspiro de satisfacción. Y el veneno de su cuerpo pronto asoma a sus labios.)

CAIFÁS ¡Necio!... ¡Estúpido! Alardes de honradez; muchos alardes de honradez... de boca nada

más. ¿Qué honradez es esa que no permite cumplir los compromisos contraídos? ¡Farsantes! ¡Histriones!

(Por la casa sale ISABEL.)

ISABEL — Cuando quiera entrar, ya tiene el caldo servido.

CAIFÁS — ¡Comediantes!... ¡Farsantes!

ISABEL — ¿Qué tiene usted, padre?

CAIFÁS — ¡Nada! Estos perros que se han propuesto matarme, y como no tienen valor para hacerlo cara a cara, se valen de amenazas ridículas, grotescas...

ISABEL — Padre mío: por todo el cariño que me tiene, por todo el que yo le tengo, le suplico que no se ponga así, y transija buenamente con todo el mundo. Por las buenas todo se consigue; por las malas... enemigos, disgustos nada más.

CAIFÁS — ¿A buenas con estos traidores, que blasonan de honradez y no son más que traficantes de su propia honra? Pero, ¿qué hombre honrado se niega con amenazas a pagar lo que debe? ¡Hipócritas! ¡Malvados!

ISABEL — Ande, tranquilícese.

CAIFÁS — Esta canalla no me conoce aún. ¡Amenazas a mí! ¡A mí! ¡Aviado estaba si fuera a hacer caso de todas las que me dirigen! ¡Perros! ¡Judíos!

ISABEL — Vaya adentro; se le va a enfriar el caldo.

CAIFÁS — ¡Que se enfríe!

ISABEL — Pero, padre...

CAIFÁS — ¡Que se enfríe he dicho! Antes tengo que hablar contigo.

ISABEL — (Sorprendida.) ¿Conmigo?

CAIFÁS — Sí; contigo; y muy seriamente. Oyeme. Como nunca faltan personas adictas entre manadas de traidores, estoy al corriente de tus entrevistas con el hijo de la persona a quien más odio. Ya sé también que tu madre protege esos amores... ¡Amores! Pronunciarlo tan solo me quema los labios.

ISABEL — Padre...

CAIFÁS — ¿Tú en amores con el hijo de ese canalla, de ese miserable que me zarandeó, atropelló y tiró al suelo violentamente? No me digas que sí, porque soy capaz de olvidar que eres hija mía y atenazar con mis manos tu cuello y apretar hasta extrangularte.

ISABEL ¡Padre!

CAIFÁS No chilles, no alces la voz... no te asustes. Soy tu padre, ¡tu padre! El amor que se siente por un hijo no lo sabes tú. Como yo te quiero... únicamente cuando engendres un hijo en tus entrañas, y nazca, y viva, y crezca, y cuanto más crezca más le quieras, comprenderás el cariño que te tengo, lo mucho, ¡lo mucho! que yo te quiero. Pero si olvidas por un momento tan solo que al querer a ese hombre, al hijo de ese verdugo, me infieres la ofensa mayor que recibir puedo de divino y de humano, que mis ojos no te vean, que mis brazos no te alcancen, que mis manos a ti no lleguen, porque te despedazo, ¡te despedazo!

(Isabel, acobardada, atemorizada, presa de vivísimo espanto y brotándole de los ojos gruesas lágrimas, cae de rodillas a los pies de su padre. Este va hacia ella decidido a arrollarla, hostigado por sus propias palabras.

ISABEL ¡¡Padre!!

CAIFÁS (Deteniéndose, y operándose en él una brusca transición. Ahora todo cariño a su hija.) ¡Hija, hija mía! ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? ¿Por mi culpa? ¿Te he hecho llorar yo? ¿Yo? ¡Miserable de mí! ¡Canalla yo que así te hago sufrir! Castígame, pégame, mátame si quieres, que eso haría yo a quien te hiciera derramar una sola lágrima. ¡Mal padre yo! ¡Mal padre yo mil veces soy por haberte hecho llorar a ti, al pedazo más querido de mis entrañas! (Cae llorando sobre una silla. Isabel, que aún permanece de rodillas, andando así se aproxima a Caifás.)

ISABEL Padre, padre mío; como la hija que más ame a su padre, así le amo yo. ¿Por qué sufre y me hace sufrir? ¿Por qué me atormenta y se atormenta? ¿No sabe que por su bien, por conservar su vida, gustosa daría yo mil veces la mía? ¿Por qué niega a su hijita, que tanto le quiere, la felicidad? ¿Por qué ha de pagar, quien no tiene culpa de ello, errores de su padre? ¿Por qué no has de ver con buenos ojos mis amores con el hijo de don Carlos Bustamante?

CAIFÁS (Saltando de la silla como un energúmeno.) ¡No! ¡Nunca! ¡¡Nunca!! ¡¡Calla!!

ROSA (Saliendo por la puerta de la casa.) Pedro.

CAIFÁS ¿Eh? ¿Qué quieres?

ROSA Que hace una hora que tienes servida la taza de caldo.

CAIFÁS Voy allá. ¡Ojalá fuese veneno que me hiciera reventar para poner fin de una vez a esta miserable vida mía! (Mutis por la casa.)

ROSA ¿Qué os ha pasado? ¿Por qué lloras tú? ¿Por qué tu padre se va así de disgustado?

ISABEL ¡Ay, madre mía! Soy muy desgraciada.

ROSA Acaso le has dicho...

ISABEL Lo sabía ya.

ROSA ¿Que lo sabía dices?

ISABEL Sí. Como sabe también que usted protege nuestros amores

ROSA Luego entonces quiere decir que no consiente de ninguna de las maneras.

ISABEL De ninguna. Que antes me mata.

ROSA No me sorprende. Ya te lo advertí muchas veces. Es rencoroso, es malo; sí; malo.

ISABEL ¡Ay, madre de mi alma! Ayúdeme usted a convencerle; haga que transija. Estoy segura que con nadie me he de casar si no es con Luis Jamás podré querer a otro hombre como a él. Como ahora quiero no se quiere más que una sola vez en la vida. Con Luis voy a la felicidad; sin él a la sepultura. Madre, madre de mi vida; usted que es tan buena, usted que es una santa, usted que es mi madre, no puede consentir que yo muera de tristeza y de pesadumbre.

ROSA Llama a Luis y ponle al corriente de todo. Yo me encargo de lo demás. Antes que nada tu felicidad, y por tu felicidad, mi vida. Llámale, llámale... Adentro voy. Dispuesta estoy a conseguirlo de grado o por fuerza. Veremos quién vence a quién.

(Entrase en la casa. Isabel sale a la calle y mira a uno y otro lado. Hace señas a LUIS, que aguarda fuera, quien acude presuroso.)

LUIS ¿Qué pasa? ¿Te ocurre algo?

ISABEL Luis...

LUIS Estás disgustada, sí.

ISABEL Deja.

LUIS Tú has llorado. ¿Qué ha sido?

ISABEL Luis, júrame antes que nada por la memoria de tu madre, que suceda lo que suceda, pase lo que pase, te casarás conmigo.

LUIS ¿Necesitas que te lo jure?

ISABEL Júralo.

LUIS Jurado está. ¿Puedo saber ahora lo que ocurre?

ISABEL Personas que ignoro, y que ignorar quiero toda la vida, han revelado a mi padre nuestros amores. Mi padre no perdona al tuyo, y por esta razón, antes me quiere ver muerta que esposa tuya.

LUIS Sigue.

ISABEL Y como tu esposa estoy resuelta a ser, aunque el mundo entero se oponga, a ti me entrego; tú dirás qué hacemos.

LUIS Isabel, alma mía; por mi madre, ¡por mi madre te juro!, que mía has de ser, como tú eres tú, como ese sol que nos alumbra es fuego, y como hay Dios.

ISABEL ¡Luis!

LUIS Sí, Isabel: contra todos nuestros enemigos, contra la terca obstinación de tu padre, está nuestro amor, nuestro amor puro y sublime.

ISABEL Eso quería oírte decir.

LUIS Pues ya lo has oído.

ISABEL A esperar ahora. Mi madre hará todo lo demás. Sí, mi madre; madre no tenemos más que una, y la mía me ha prometido que he de ser feliz, y lo seré.

(Óyese ahora gritar a Caifás, que dice desde dentro: «¡Bruja! ¡Bruja!»)

LUIS ¿Eh?

ISABEL Es mi padre. Seguramente mi madre le ha dicho ya que es preciso que transija. ¿Has oído la respuesta?

LUIS ¡Miserable!

(Sale CAIFÁS lívido, descompuesto. Tras él, ROSA.)

CAIFÁS ¿Dónde está? ¿Dónde?

LUIS ¿Es por mí por quien usted pregunta?

ISABEL ¡Luis!

CAIFÁS Justamente: por usted. Eso que usted pretende es imposible, ¡imposible! ¿Lo oye usted? Y como no quiero poner mis manos en su cara...

LUIS ¡¡Eh!!

CAIFÁS ... Ya está usted saliendo de esta casa.

LUIS Como no quiero dar un escándalo, ni mi educación me lo permite, me limitaré a formular mi petición en la forma más cortés y respetuosa que me es posible. Ya ve que paso por alto la bofetada que mi dignidad

acaba de recibir. Señor don Pedro Evans: amo a su hija; como no soy ningún mal hombre y mi honra está limpia de toda mancha...

CAIFÁS ¡¡Basta!! Ni admito lecciones, ni mi hija ha de ser suya. Conque salga usted de esta casa. ¡Salga he dicho!

LUIS (A Isabel.) Ya ves que de nada me sirve la educación y la prudencia. ¿Qué hago?

CAIFÁS ¡Cómo! ¿Me perdona usted la vida? ¿Quiere usted darme a entender esto? Pues sépalo ya de una vez: mi hija no será suya mientras yo viva, porque lo que usted y su padre persiguen con este matrimonio—estoy al cabo de la calle—es saldar lo que me adeudan. Y eso no, ¡no!

LUIS (Estallando, con arranque fiero.) Pedro Evans, polilla de Villares, alma baja y miserable, carcoma traidora y cobarde, ¡es usted hijo de mala madre!

CAIFÁS ¡¡¡Eh!!!

ISABEL ¡Luis!

ROSA ¡Pedro!

LUIS ¡Dicho está! ¡¡Dicho está!! Isabel: mía has de ser como hay Dios. Por mi madre, que me escucha desde el cielo, queda jurado. Pedro Evans, hasta la vista. Hasta muy pronto, Isabel. (Vase por la puerta de la calle.)

CAIFÁS (En el colmo de la desesperación.) Y tú, ¡mala hija!, dime que amas a ese hombre, que tus labios lo pronuncien delante de mí, que yo lo oiga siquiera una vez... ¡responde! ¿Amas a ese hombre?

ISABEL ¡Sí!

CAIFÁS ¡Perra! ¡Toma! (Y descarga en su cara una terrible bofetada.)

ISABEL ¡Ay!

ROSA (Acudiendo a ella.) ¡Hija de mi alma! (Isabel se desmaya en los brazos de su madre.)

CAIFÁS ¡¡Así!! ¡¡¡Así!!!

ROSA (A Caifás.) ¡Fiera! ¡Fiera! ¡Monstruo!

CAIFÁS ¡¡Así!! ¡¡¡Así!!! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gabinete de trabajo en casa de don Carlos de Bustamante. Puerta grande, de entrada de la calle, en el lateral de la derecha. Dos puertas más en el de la izquierda, que comunican con las demás habitaciones del piso.

En escena «chaise-longue», butaquitas y sillas. En último término izquierda, mesa escritorio. En el de la derecha, vitrina con instrumental quirúrgico. Una pequeña biblioteca. Todo sencillo, pero elegante.

Es de noche. Lámpara pendiente del techo, y otra sobre la mesa de trabajo; ésta encendida.

—

(A poco de levantarse el telón sale por la izquierda DON CARLOS DE BUSTAMANTE, quien, después de encender un cigarrillo, se sienta a la mesa y escribe.

Un reloj da doce campanadas. Poco después óyese una orquesta compuesta de guitarras, bandurrias y flauta. Antes de extinguirse sus últimos compases entra LUIS, que viene de la calle.)

LUIS Buenas noches, papá.

CAR. Buenas noches, hijo mío.

LUIS ¿Trabajas?

CAR. Un poco de trabajo y otro tanto de distracción. ¿Y tú? ¿Qué haces? ¿Ya se te pasó la murria que te dominaba estos días?

LUIS Eso pretendo, pero en vano... No consigo acabar con ella.

CAR. ¿Tan arraigada la tienes? Muy serios han de ser entonces los motivos que la producen.

LUIS ¡Ay, papá!

CAR. ¿Qué suspiro es ese?

LUIS En muchas ocasiones el matar a un hombre no debiera tener castigo.

CAR. ¿Qué dices, loco?

LUIS Que si así fuera, ya hubiera teñido en sangre mis manos.

CAR. (Levantándose y sentandose al lado de Luis.) Vamos a ver, vamos a ver qué pensamientos tan trágicos son los tuyos. Cuéntame qué te ocurre. Hace días que observo en ti algo extraordinario. ¿Qué es ello?

LUIS Una sola cosa nada más.

CAR. Veamos qué cosa es esa tan grave. Franquéate conmigo, que a nadie lo he de decir.

LUIS No lo eches a broma y respóndeme: ¿debes mucho al prestamista Pedro Evans?

CAR. ¡Ah, vamos! Ya salió aquello.

LUIS ¿Le debes mucho?

CAR. Mi ruina.

LUIS Ya. Entonces es que, no contento con la tuya, pretende ser la mía también.

CAR. ¿La tuya? No comprendo. Explícate.

LUIS Pronto lo sabrás. Contéstame antes a mi pregunta. ¿Le adeudas mucho a ese maldito usurero de Caifás?

CAR. Bastante, sí. El por qué de caer en sus manos ya tú lo sabes.

LUIS Lo sé. Aquella epidemia que sirvió para desvalijarte. Pero eso ya lo pagaste.

CAR. La cantidad, sí; los intereses... no. ¿Sabes lo que importan los intereses de los cuatro mil duros primeros que me prestó? Claro que por verme precisado a renovar los pagarés por diez años.

LUIS No. ¿Cuánto?

CAR. ¡Diez mil duros!

LUIS ¿Diez mil duros? Pero eso ha sido un robo. ¿Cómo te dejaste engañar de esa manera?

CAR. Por las mismas causas que luego me obligaron a caer de nuevo en sus garras.

LUIS ¿Pero volviste?...

CAR. Por tres veces. Primera, porque lo dí todo y me quedé sin una peseta para comer. Segunda vez, cuando tu pobre madre estuvo tres años en cama por causa de aquella traidora enfermedad que le costó la vida. Y por tercera y última vez, cuando te envié a Inglaterra a que terminaras tus estudios. Una deuda en total de veinticinco mil duros

justos y cabales, cuando en efectividad sólo he percibido diez mil.

LUIS Pero eso ha sido una estafa inicua.

CAR. Estafa ha sido en efecto, pero... ¡qué quieres, hijo mío! La necesidad es ciega, no repara, no ve...

LUIS ¡Y aún tiene ese hombre el cinismo de decirme!... Escucha, papá, escucha. Voy a explicarte el por qué de mi tristeza, de mi disgusto de estos días. Recién llegado aquí, vi en un paseo la muchacha más bonita que mis ojos habían visto hasta entonces. Iba acompañada de un hombre de cara patibularia, mirada inquieta, recelosa... Caifás.

CAR. Sigue, sigue.

LUIS ¿Y para qué detalles? Quedé enamorado de aquella mujer. Pero he aquí que, casualmente, el día que le confieso mi amor y me veo correspondido, llegas tú a su casa y ofendes de palabra y humillas, tirando al suelo violentamente, al padre de la mujer que acaba de decirme que me quiere. Yo estoy presente y callo mordiéndome los puños. Ella, entonces, me reta a que salga en defensa de su padre, y yo, mordiéndome con más fuerza aún mis puños, he de confesarle que no puedo; que para defender a su padre he de ir en contra del mío... Y salí de aquella casa con la cabeza baja y el corazón oprimido.

CAR. Pero...

LUIS Déjame continuar. Cuando nos volvimos a ver, ella, la hija de la víctima, no tiene para mí, el hijo del verdugo, más que palabras de consuelo, de cariño... Si enamorado estaba de su cara, entonces quedé más enamorado aún de su alma.

CAR. La conozco. Es un ángel de bondad esa criatura. Mentira parece que sea hija de ese miserable.

LUIS Protegidos por la madre—que es una mártir—, desde entonces nos hemos visto y hablado todos los días. Con ansiedad esperaba, para pedirla al padre, que el tiempo transcurriera y borrara la mala impresión que de ti conserva. Este acontecimiento se precipita sorprendiéndome el viejo avaro hablando con su hija. Me insulta, me echa

de su casa con amenaza de abofetear mi cara, y, después de esto, yo, con la educación que he recibido de ti, con mucha educación, le digo que amo a su hija. ¿Y qué contestación creerás que merecí?

CAR. Ninguna ha de sorprenderme. Le conozco de sobra. Dila.

LUIS Que mi matrimonio con su hija lo habías concertado tú para evitar así el pagarle lo que le debes.

CAR. ¡Qué canalla!

LUIS Le apostrofé bárbaramente, violentamente, con los dicterios más feos e insultantes; le llamé lo que más puede ofender a un hombre. Nada. Sí le hice dar un aullido de fiera, pero no el ataque agresivo que yo esperaba para poderle matar como se merecía. ¡Cobarde!

CAR. Cálmate, hijo mío, cálmate.

LUIS Después supe que ese... ¡villano! abofeteó a su hija. Hemos hecho antes de llegar a esta situación, violenta para todos, cuanto humanamente nos ha sido posible para llegar por las buenas al fin deseado. El no lo ha querido, y consejo tuyo espero, papá, para terminar de una vez con este estado de cosas. (Pequeña pausa.)

CAR. Hijo mío, al punto que han llegado las cosas, mi consejo, mi pobre consejo es éste: o esperar pacientemente a que la muchacha pase a mayor edad, o...

LUIS Continúa.

CAR. O afrontarlo todo, y si ella está conforme...

LUIS ¿Qué?

CAR. (Sobresaltado.) ¡Calla! ¿No oyes?

LUIS No, nada oigo.

CAR. Escucha. (Quedan escuchando los dos con ansiedad. Muy débilmente llega hasta nosotros el monótono sonar de una campana anunciando un incendio.)

LUIS Sí, parece que es a fuego.

CAR. Un incendio, ¿Dónde será? ¿Qué se quemará?

LUIS Seguramente la vivienda de algunos pobres.

CAR. (Levantándose.) ¡Si desde algún balcón pudiera verlo!... ¡Ya es desgracia! A estas horas... Voy a ver. (Y vase precipitadamente por segundo izquierda.)

LUIS ¡Pobres gentes las que tan desagradablemente hayan sido despertadas por las llamas!

(Por la derecha entra ISABEL, jadeante, temblorosa.)

ISABEL ¡Luis!.. ¡Luis!

LUIS ¡Isabel!

ISABEL Te sorprende verme llegar así y a estas horas, ¿no es cierto?

LUIS Sí, habla. ¿A qué obedece?...

ISABEL A una desgracia horrible.

LUIS Siéntate; cálmate, tranquilízate. No puedes hablar.

ISABEL ¡Ay, Luís de mi vida, qué espantosa desgracia!

LUIS Pero dime, ¿qué es ello?

ISABEL ¿No has oído las campanas anunciando un incendio?

LUIS Acaso...

ISABEL Nuestra casa, que arde por los cuatro costados desde hace una media hora.

LUIS ¿Es posible?

ISABEL Sí; al poco tiempo después de tú marcharte, y cuando mi madre y yo nos disponíamos para acostarnos, sentimos un olor extraño y fuerte, y a poco, por las ventanas, entrar un humo espeso y abundante. Sobresaltadas, despertamos a mi padre, que ya dormía, y aún no habíamos tenido tiempo de salir al patinillo, cuando todo ardía como si hubieran rociado con petróleo la casa toda. Inmediatamente acudieron vecinos y curiosos; se dió parte, y trabajando están ahora inútilmente por extinguir el fuego.

LUIS ¿Y cómo ha sido? ¿Qué ha podido motivar tal incendio?

ISABEL A eso vengo aquí, a averiguarlo, a que tú me digas la verdad, si la sabes.

LUIS ¿Yo?

ISABEL Sí, tú. Yo no puedo creer lo que la gente dice. ¡Mienten todos por la boca!

LUIS Pero, ¿qué dicen? ¿Quieres decírmelo ya de una vez, Isabel?

ISABEL Que el fuego ha sido intencionado, y que nadie puede haber sido más que tu padre, el mayor deudor del mío.

LUIS ¿Eh? ¿Pero dicen eso?

ISABEL Sí, Luis. Pero mienten todos por la boca.

LUIS ¡Miserables! ¿Y con qué fin?

ISABEL Con el de que, juntamente con la casa, se quemaran también vales y recibos, justificantes de lo que tu padre y otros deben al mío.

LUIS ¡Qué canallas! ¿Eso dicen de mi padre los que le deben la vida y la de sus hijos?

ISABEL Sí, Luis; todos son ingratos, ruines, miserables...

LUIS ¡Cobardes!... ¿Que mi padre ha prendido fuego a la casa de Caifás para quemar los recibos de lo que le debe?

(Y DON CARLOS, que sale por donde antes hizo mutis, a tiempo de escuchar las últimas palabras de Luis, dice:)

CAR. ¿Quién dice eso?

LUIS ¡Padre!

CAR. ¿Quién dice que yo he prendido fuego a la casa de Caifás para destruir los pagarés de lo que le adeudo?

ISABEL Señor...

LUIS ¡Padre!

CAR. ¿Quién lo dice? Pregunto.

ISABEL Los que mucho tienen que agradecerle a usted. Todos, todos lo dicen.

CAR. ¡Pues todos mienten, todos!

LUIS Padre...

CAR. ¿Voy a mirar con calma que se me tache de incendiario? ¡A mí! ¡Y por los que besando la tierra que yo pisé no pagarían!... ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Dejadme salir, dejadme!

LUIS ¿A dónde quieres ir?

ISABEL ¿A dónde va usted?

CAR. A decirles a toda esa manada de calumniadores que mi honra es sagrada como la santísima Virgen, y que no ha nacido todavía de vientre de mujer hombre ninguno que pueda ponerle un solo pero a la mía. ¡Dejadme salir!

(Por la puerta de la derecha entra ROSA.)

ROSA ¡No!

TODOS ¿Eh?

ROSA Ninguno de todos ellos merece que usted, el hombre más bueno y honrado de la tierra, se tome semejante disgusto.

CAR. (En el colmo de la excitación.) ¡¡Basta!! Abrid paso o no respondo de mí. (Como loco.) ¡Caifás! ¡Hombres de Villares! ¡Lenguas malditas! ¡Pueblo calumniador y desagradecido! En

vuestra busca voy. A demostraros salgo que honrado fué siempre y honrado será mientras viva don Carlos de Bustamante. ¡Caifás! ¡¡Lenguas malditas!! ¡¡Pueblo vil y calumniador!! (Y loco, desesperado, con voces y ademanes trágicos, vase por la puerta de la derecha. Soledad, Rosa y Luis quedan anonadados.)

ROSA — Vaya usted con él, Luis. Va loco Es capaz de darle muerte a mi marido si se lo encuentra en la calle.

LUIS — ¿Y qué puedo yo hacer? Dueño de mis actos dejó mi padre que siempre fuera, y yo no entorpezco los suyos. A limpiar su honra ante esa canalla ha ido, y, como su honra es la mía, ni me opongo ni lo evito. En ingratitud, sus santas acciones han premiado, y con la vida, es fuerza que ahora paguen.

ISABEL — ¡Por Dios, Luis! Los males, cuando aún es tiempo, deben evitarse; y deber tuyo es ahora evitar que tu padre se pierda por un desgraciado de esos.

LUIS — No; puestos estamos en la pendiente, y uno u otro ha de caer. Caiga el malo, sea quien sea.

ISABEL — Perdonar nos manda Dios.

LUIS — También manda Dios que no se calumnie, y mi padre y yo lo hemos sido.

ROSA — ¿Qué va a pasar, Dios mío? ¡Qué El haga que tu padre y el de Luis no se encuentren! Allí quedó como una fiera, loco, hostigando con palabras duras a los obreros para que salven la cartera donde guarda todos los vales y los recibos de lo que le deben.

LUIS — ¿Y lo han conseguido?

ROSA — Cuando yo salí de allí aún no. Pero vine siguiendo a ésta porque me figuré en seguida á dónde venía. Has hecho mal, Isabel. Si los recibos se salvan, ninguna necesidad tenía de este disgusto el padre de Luis.

LUIS — No; ha hecho bien. Se salven o no los recibos, mañana todo el mundo hubiera dicho que mi padre era un incendiario.

(Se oye la voz de CAIFÁS, que sale a poco por la puerta de la derecha.)

CAIFÁS — (Dentro.) ¿Dónde está ese incendiario? ¿Dónde está ese miserable estafador?

ROSA — ¡Es tu padre!

ISABEL — ¡Sí, es él!

LUIS — Dios mío, dadme serenidad y calma para no ahogarle entre mis manos.

CAIFÁS — (Saliendo.) ¡Ah! Vosotras aquí. ¿Habéis venido a prevenir a este incendiario para que huya y yo no le alcance?

LUIS — ¡Pedro Evans!

CAIFÁS — ¡Ah! No te había visto. Me alegro que me hayas oído. Así podrás decir a tu padre lo que yo digo de él. ¿Dónde está? ¿Se ha escondido? Que salga, que salga para vernos las caras.

ROSA — Ha salido en busca tuya.

CAIFÁS — ¿En mi busca? ¿Tiene aún ese cinismo? Es aún más canalla de lo que le suponía.

LUIS — Pedro Evans, comprendo su desesperación y por eso me contengo, pero tenga en cuenta que como de su boca salga una palabra más de ofensa para mi padre, no sabré contenerme y...

CAIFÁS — ¡Orgullo aún! ¡Todavía cacareamos de dignidad! Eso se puede tener cuando la honra esté limpia. Cuando, como en esta ocasión se ha perdido, y el pueblo entero lo afirma, hay que agachar la cabeza o pegarse un tiro. (Luis intenta abalanzarse sobre Caifás, pero Isabel y Rosa le sujetan.)

LUIS — ¡¡Caifás!!

CAIFÁS — ¡Incendiario!

LUIS — ¡Suelten! Suéltame, Isabel; suélteme usted también, señora... Que no puedo más, que la sangre abrasa mis venas, que la indignación me enloquece y voy a estallar. ¡Suelten!

CAIFÁS — Soltadle; que el hijo ponga fin a la obra empezada por su padre. Que después de haberme arruinado, no contentos con haberme dejado en la miseria, ¡en la miseria!, necesitan mi vida, quieren mi muerte. Pues aquí estoy. ¡Mátame! ¡Mátame, ven! ¿No te atreves? (De un empujón enorme Luis se desprende de Isabel y de Rosa. Va a arrojarse sobre Caifás, y mordiéndose con rabia y desesperación las manos cae sobre una silla llorando.)

ISABEL — ¡Luis! ¡Luis!

LUIS — ¡Madre, madre mía! Que mi desesperación tiene un límite y no puedo más. Contenme tú desde el cielo, contneme un poco más que no voy a poder dominarme y seré criminal.

CAIFÁS Por serlo del todo ahora disimula su cobardía invocando el nombre de su madre.

LUIS (Saltando de la silla como fiera herida.) ¡¡¡No!!! Defiéndete, repugnante sapo, no vayan a decir después que te maté a traición.

(Entra DON CARLOS, destrozado materialmente y con una cartera entre las manos.)

CAR. ¡¡¡Quieto!!!

TODOS ¿Eh?

CAR. Que quiero ser yo quien dé la muerte al hombre más canalla que existe sobre la tierra. ¡Toma! (Arrojándole la cartera, que Caifás se apresura a recoger y mirar si contiene todos los documentos.) Ahí tienes, no solo todos mis vales y recibos, que hubiera podido rehacerte para sincerarme de la vil calumnia que ya me tachaba hoy de incendiario, sino también los de tus demás deudores. Ven aquí, ven ya a mis brazos para que te aprieten tan fuerte, tan fuerte, que de tu paso por la vida no quede más que el recuerdo de lo desagradable y lo odioso.

CAIFÁS Deja .., deja...

CAR. ¡No! ¡¡No!! ¡Así, así! (Don Carlos y Caifás luchan)

CAIFÁS ¡Suelta! ¡Suelta!...

ISABEL ¡Sepáralos, Luis!

ROSA. ¡Socorro!

CAR. ¡Así! ¡¡Así'! ¡¡¡Así!!! (Arroja al suelo con violencia el cuerpo inerte de Caifás.) Ahora sí. Ahora ya te suelto. (Isabel y Rosa se arrodillan al pie del cadáver y lloran.) Ahora ya no vives.

LUIS ¡Padre!

CAR. ¡Ave vil de rapiña, descansa! ¡Descansa! (Telón.)

FIN DE LA OBRA

Palencia y Badajoz, febrero y marzo 1921.

Obras de José María Garrido

Entre empresario y actriz, juguete cómico en un acto y en prosa, original. Teatro Romea. Valencia.

¡¡Bocucha!!, viaje cómico en un acto y en prosa, original. Teatro de las Cortes. San Fernando.

Paces, paso de comedia, original. Teatro Olympia. Valencia.

El plat del día, comedia valenciana en un acto y en prosa, original. Salón Novedades. Valencia.

El trueno, casi sainete en un acto y en prosa, original. Teatro Municipal. Santa Cruz de Tenerife. (Segunda edición.)

El gran Meloni, inocentada en un acto, original. Salón Imperial. Algeciras.

La misma sangre, drama en tres actos y en prosa, original. Teatro Real. Gibraltar.

El plato del día, comedia en un acto y en prosa, original. Teatro España. Larache.

Tormenta de amor, juguete cómico en un acto y en prosa. Salón Imperial. Algeciras. (1)

¡Madraza!, comedia en dos actos y en prosa, original. Teatro Principal. Cádiz.

Mientras el alma llora... comedia dramática en tres actos y en prosa, original. Estrenada el 30 de Abril de 1920.

Como ave de rapiña, drama social en tres actos y en prosa, original. Teatro Circo. Córdoba.

---

(1) En colaboración con Mauricio Torres.

PRECIO: TRES PESETAS